

¿Tú vuelas, Max?

DAVID CIRICI

Ilustraciones de Montse Tobella





¿Tú vuelas, Max?

DAVID CIRICI

¿Tú vuelas, Max?

Ilustraciones de Montse Tobella



edebé

Título original: *Tu voles, Max?*
© Texto: David Cirici, 2023
© Ilustraciones: Montse Tobella, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Traducción: Maria Llopis y equipo Edebé
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición: septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-5993-9
Depósito legal: B. 4655-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Dos palmos	7
2. Cinco palmos	15
3. Un metro y medio	23
4. Ocho metros	29
5. Cien metros	37
6. Mil metros	45
7. Cero metros	53
8. Un metro	63
9. Bajo tierra	71
10. Un centímetro	79
11. Un palmo	89
12. Con los pies en el suelo	93
13. Hundido	99
14. Tres palmos	103
15. Todo el cielo	107

1

Dos palmos

Me dan miedo las serpientes. Si no hubiera sido por la serpiente que apareció en el jardín de mi casa, quizás nunca habría descubierto que podía volar.

Yo quería rociar a mi hermana con la manguera y reírme un rato. Como la manguera estaba cerrada y tenía que buscar el extremo para girar la llave y hacer que saliera el agua, la fui siguiendo hasta que me encontré con la serpiente. Iba descalzo, y me dio tanto asco notar la piel húmeda y fría del animal entre los tobillos, que me quedé paralizado por la angustia, convencido de que sentiría el mordisco de un momento a otro. Solo fui capaz de desear con todas mis fuerzas no estar allí, con

los pies desnudos rozando aquella serpiente amarilla y verde, y los empecé a mover como si subiera una escalera inexistente, ahora un pie, ahora el otro.

Y comencé a subir esa escalera imaginaria.

Enseguida vi que la serpiente, dos palmos por debajo de mis pies, avanzaba por el césped y se perdía entre los setos que separaban nuestra casa de la de los vecinos.

Mi hermana, Rut, lo vio todo. Se quedó con la boca abierta hasta que, poco a poco, volvió a descender sobre el césped.

—¡Max! ¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé —dije, aún más sorprendido que ella—. Me he asustado..., había una serpiente..., he pegado un salto...

—¡Has volado!

—No sé qué me ha pasado...

—¡Vuelve a hacerlo!

Me miré los pies. Me vi absolutamente incapaz de separarlos del suelo. Quiero decir ambos a la vez. Pensé que el miedo me había hecho saltar más que otras veces, y nada más.



—Que no, Rut, que la gente no vuela —afirmé. Y para demostrarlo, di un saltito de medio palmo y volví a caerme.

—¡Max! Antes te has levantado hasta aquí —dijo Rut mientras ponía una mano plana a la altura de sus ojos—. Y te has quedado un buen rato. ¡Has volado!

—Eres una exagerada.

Rut no paró de insistir en que volviera a intentarlo, pero yo me sentía un poco ridículo. Di un par de saltitos más, y me volví a caer. Como siempre. Como tenía que ser. Como le pasaba a todo el mundo. Suspiré, aliviado. Porque... ¿qué pasaría si me quedaba colgado arriba? ¿Cómo volvería a bajar? ¿Cómo caminaría? Además, no me hacía ninguna gracia que me ocurrieran cosas extrañas. No me hacía ninguna gracia ser diferente a los demás.

Recuerdo que antes de comer pasé por el lavabo para lavarme las manos y que también me metí en la ducha para lavarme los pies, porque no soportaba que la serpiente me hubiera dejado su humedad viscosa pegada a

la piel. Luego, fui a mi habitación a ponerme unos calcetines.

Era domingo, y mi tía Sara, mi tío Benito y mi primo Dani habían venido a comer. La tía Sara era la hermana mayor de mi padre. Y no me gustaba nada, porque cuando venía a casa mandaba más que mi padre. Le decía cómo tenía que cocinar. Le decía cómo tenía que cuidar el jardín. Le decía cómo tenía que educarnos a Rut y a mí. Le decía que los niños necesitan a una madre, y que un hombre solo no puede cuidar de unas criaturas, y que debería volver a casarse. Cuando decía eso, yo le habría tirado de los pelos y le habría hundido los ojos con los dedos. Porque mi padre cocinaba muy bien, y nuestro jardín era mucho más bonito que el suyo. Me daba mucha rabia que mi padre le hiciera caso. Que bajara la cabeza y le dijera que sí.

También me daba mucha rabia cuando la tía Sara no paraba de hablar de su hijo, y el tío Benito no paraba de asentir con la cabeza. Explicó que el niño había acudido

a los campeonatos comarcales de gimnasia y había ganado el primer premio en tres especialidades. Siguió contando que ahora participaría en los campeonatos provinciales, y que su entrenador decía que tenía muchas posibilidades de ser todo un campeón.

—Quizás llegue a campeón nacional —dijo, mirando con orgullo a su hijo. Y después se giró hacia nosotros—: ¿No os gustaría hacer gimnasia a vosotros?

—Yo juego al vóley —dijo Rut. Yo no dije nada.

—¿Y tú, Max?

—A mí no me gusta la gimnasia —dije.

—Pero, mamá, ¿cómo quieres que haga gimnasia? —intervino Dani—. Primero, tendría que adelgazar.

Disimulé como si no lo hubiera oído, pero lo cierto es que no me hizo ninguna gracia.

—Max no hace gimnasia, pero saca mejores notas que tú —soltó Rut.

—Basta de pelearos por tonterías —dijo el padre de Dani. A veces el tío Benito me de-

fendía. Me caía mucho mejor que la tía Sara.

—¡Saca mejores notas, pero no sabe dar ni una voltereta! —le replicó Dani a Rut.

La tía Sara le dio una colleja a su hijo para que se callara.

—Pero Max sabe volar y tú no —dijo Rut.

Las palabras de Rut cayeron como un rayo sobre la mesa: la tía Sara se quedó mirando a Rut como si fuera una aparición, y enseguida miró hacia su marido y hacia mi padre. Parecían realmente preocupados por lo que acababan de oír. Más preocupados por lo que había dicho Rut que por las tonterías que había dicho mi primo. La tía Sara también se dio cuenta y, para cambiar de tema, se puso a contarnos sus vacaciones en Italia, que si Florencia era tan bonita, que si el hotel estaba superbién, que tenían unas toallas muy suaves, que los inodoros estaban muy limpios y cosas así. Y después de comer, comentó que había olvidado tender la ropa de la lavadora y le dijo a Dani que tenían que irse.